

la á socorrerlos, armado cual en sus días mejores; mas con tan mala fortuna pelea que, á pesar de su desnudo, le vencen los enemigos, obligándole á huir en vertiginosa carrera, en que le apedrean y golpean de tal suerte, que sólo pudo escapar por milagro. Como en semejantes lances acaece á los engreídos con su ventura, pónese el fiero conquistador á revolver en su imaginación los múltiples azares de su vida; y considerando los grandes peligros que había corrido, las inspiraciones que había recibido del cielo y lo instable y vano de mundanales favores; súbitamente, como fray Diego de Olarte, se descíñe la espada, echa de sí la brillante coraza, víese el humilde sayo de Francisco de Asís, y viene á redimir con áspera penitencia sus culpas, y á librar con su dulzura y caridad en la conversión de los chichimecas, mejores y más gloriosas batallas que las que ganó con el hierro en la conquista de Méjico.

No es raro esto de ver en nuestros antiguos anales trocada la armadura por la cogulla; como tampoco lo es ver convertidos en predicadores á los soldados, y en generosos y desprendidos á los que se tenía por

avarientos y ruines. Mas á enumerar todas las grandezas que al carácter español distinguieron, habríamos menester, vosotros de infatigables oídos para escucharlas, y yo de lengua de bronce para contarlas, como en estos instantes las cuenta la regocijada campana que llama á los maitines de San Luis rey.

III

Coreado por las infinitas voces del órgano, David entona sus versículos inspirados, que van difundiendo por la ancha nave, en agitado y constante oleaje, cual esfumaciones de oro sobre un fondo de alba y nítida gasa. Loores dignos ¡los únicos! del varón justo son esos melodiosos acordes del salterio, en que percibís claramente unas voces susurrantes como la brisa en el pinar sombrío; estas que silban y se apagan bruscas como la racha; aquellas que modulan el tintín sonoro de campanillas argentinas; esas que caen secamente como monótono golpear de gruesas gotas de agua; esas otras que aturden y vibran, cual si fuesen emitidas por cien trompetas de guerra. Es que evocan juntamente con las cohortes de conquistadores, á las numerosas tribus

vencidas, á los virreyes y sus tenientes de justicia, á los ricos hombres, á los caciques, á los caudillos famosos, á las comunidades de monjes y á sus cronistas, á los míseros tributarios y á los agobiados esclavos.

Para verlos surgir á todos de su ignorado sepulcro, arrasad, si os place, vuestras fábricas orgullosas; allanad el dilatado campo que ocupan, y amontonad los escombros en el sitio en que se enarboló la primera Cruz. Ved cómo llegan por diverso rumbo los religiosos franciscos, trayendo á los indios que vienen de paz. Aquí acampan los soldados, junto á las casas que van edificando á toda prisa los mineros del Cerro de San Pedro. Por acá saldrán en casi no interrumpido cordón las conductas de plata. Por este viento ha de venir de Zacatecas don Juan de Oñate, con lucida comitiva, á prestar ante Pedro de Vergara juramento de servir al rey en el oficio de Alcalde Mayor y á trazar las calles y á repartir los solares. Allá se divisa el humilde campanario de la capilla, en torno de la cual se agrupan los colonos tlaxcaltecas; y no lejos se alzan las rústicas chozas de los guachichiles de Santiago.

La ancha llanura aparece pintorescamente bordada. Pardos hábitos dan aquí el tono obscuro á las brillantes armaduras. Fardos y cabalgaduras matizan los huecos que dejan las empezadas casas y las tiendas en que flamean gloriosos estandartes; y más allá, y á esta banda, y á aquella, hasta donde alcanza la vista, desperdigados en el mezcital, ó bajo las palmas, ó sobre los riscos, los *cabezas rojas* se dejan ver, atezado el cuerpo, la mirada fiera, soberbios aún y espantables.

Un pobre lego, fray Diego de la Magdalena, va de unos á otros, de indios á blancos, de soldados y mineros á frailes. Llamadle, hacedle subir al inmenso pedestal que habéis erigido con los altivos edificios de tres siglos, para que su figura se grave mejor en vuestra memoria y su voz halle más generoso eco en el corazón de las gentes y de las edades futuras. ¡Allí, junto á la Sagrada Enseña que él primero que nadie plantó! Acaso venciendo su humildad, os refiera que cuando los guachichiles infestaban los caminos y esparcían por doquiera las sangrientas nuevas de su barbarie, se vino á vivir entre ellos. Aun puede mos-

traros en su cuerpo las señas de los tormentos que padeció: le vapularon muchas veces, le abofetearon innumerables, le apedrearon otras muchas, y no pocas intentaron matarle. Están desgarrados sus pies por las correrías de veinte años, que de rancho en rancho, por Charcas, el Venado, Salinas, San Miguel Mexquitic, San Luis Potosí, Santa María del Río, Armadillo, San Luis de la Paz y Xichú, anduvo predicando la gloria y nombre de Dios. Que os cuente cómo á fuerza de trato cariñoso, de inalterable paciencia, de paternales sollicitudes, alcanzó, siquiera muy poco á poco, que aquellas fieras depusiesen el odio que le tenían y que le fuesen cobrando amor. Dígaos de qué manera logró, al fin, que se congregaran en algunos sitios, y que en este, que es uno de ellos, prelados y virrey determinaran fundar Doctrina. Que sólo él puede menudamente y con absoluta certeza referiros todo eso, y nombraros al indio que le descubrió la primera mina del Potosí para comunicarlo á Caldera; así como hablar de cuantos pasos dió para llevar á los jefes guachichiles á Méjico á que ajustaran el tratado de paz. En suma, de su boca oiréis

la historia cabal y circunstanciada de la fundación de esta ciudad; porque á la par que apóstol, fué mediador y padre de la nación guachichila.

Mas ¡ah! la calavera que tiene en la diestra mano, y con la cual anduvo constantemente los pocos años que sobrevivió al de 1592, bastante os dan á entender que así como guardó su corazón cerrado á las vanidades mundanas, así mantendrá sellado el labio al relato de sus grandezas. En balde, á querer celebrarlas hoy, os habríais vestido de gala y desplegado inusitada pompa en el ornato de vuestras calles y vuestras plazas; en balde habríais echado á vuelo todas las campanas de vuestros templos, y atronado el espacio con el ronco estampido de los cañones. A este fraile de la calavera, que vivió siempre humilde, ignorado, pobre, le están mejor la obscuridad y el silencio. Ni ha menester tampoco de mármoles ó bronces que recuerden su figura y perpetúen sus hazañas; porque en vosotros, en vosotros tiene monumento vivo y preciado, como hijos que sois del verbo luminoso que salió de sus labios y que repercuta aún en esos montes de plata! . . .